

rechos; pronto disputaría el terreno por palmas á la religion católica. La aversion con que mirarian los pueblos la pretendida reforma seria, á no dudarlo, interpretada como rebelion. Las pastorales de los obispos, calificadas de insidiosas supersticiones; el celo de nuestros sacerdotes, sediciosas provocaciones. En medio de los esfuerzos de unos y de la resistencia de otros, veriamos reproducirse mas ó menos exactamente las escenas de tiempos que ya pasaron. Es necesario no olvidar que cuando se trata de religion en España, no puede contarse con la frialdad y la indiferencia que los demas pueblos mostrarian en nuestros dias en caso de conflicto. En España, los sentimientos religiosos son todavia profundos, vivos y enérgicos. El dia en que se los combatiese, la España experimentarí un sacudimiento rudo á la vez que universal. Quien quiera que sienta latir en su pecho un corazon español, debe ponerse de acuerdo para impedir que una mano funesta arroje en nuestro suelo aquella semilla de eternas discordias (1).

Tales son los rasgos con que se presenta á nuestra vista esa preciosa unidad conservada en el seno de la sociedad española. Despues de este cuadro, escribe BALMES estas líneas: «Las ideas comunistas, tan estendidas en otros paises, son desconocidas absolutamente en España. Entre nos-

(1) *El Protestantismo comparado con el Catolicismo.*

otros, el espíritu revolucionario no sale de la esfera de los intereses políticos. Nuestra sociedad se halla todavia á cubierto de esa inmoralidad é irreligion que en otros paises han penetrado hasta las clases mas ínfimas por medio de pestilentes escritos. Por otra parte, las masas populares en España no están sujetas á las profundas causas de malestar que turban muchas de las naciones mas adelantadas en la civilizacion (1).»

III.

Opinion acerca de la monarquía.

Desde el momento que se echa una mirada sobre la sociedad española, aparece una institucion política colocada sobre todas las otras, y siendo como la columna del edificio; esta institucion es la monarquía. Por lo que á mí hace, estoy profundamente convencido de que importa grandemente consolidar y fortificar esta institucion, y que nuestro sistema político debe desarrollarse *en cuanto sea posible* en el seno de la monarquía. El peligro que amenaza á las sociedades modernas, no es la esclavitud, sino la anarquía, porque

(1) *El Protestantismo comparado con el Catolicismo*, cap XII.

á la anarquía las conduce su organizacion material, á la vez que un estado moral.

Los últimos restos del feudalismo, no menos que la esclavitud antigua, se hallan abolidos, habiendo pasado el nivel sobre todas las distinciones gerárquicas, y encontrándose casi confundidas las diversas clases de la sociedad. Una inmensa reunion de fuerzas individuales, y obrando todas á la vez, representan de frente y en una misma línea. Estas fuerzas deben ser dirigidas á riesgo en otro caso de experimentar formidables sacudimientos. Por otra parte, solo podria dirigirlas una accion rápida, enérgica, y al mismo tiempo de estremada dulzura. Desde largo tiempo hace que las sociedades europeas caminaban hácia este estado. Por eso, como vela una Providencia en dar satisfaccion á las grandes necesidades sociales, encontramos establecida la monarquía en todos los ámbitos de Europa, bajo formas diversas, es verdad, y con una autoridad mas ó menos restringida, pero presentando en donde quiera el carácter de una institucion vivificadora y tutelar, y conteniendo las condiciones mas propias para establecer un gobierno. Si, tal cual ha existido entre los pueblos cristianos (y solo entre ellos), la monarquía ha resuelto un difícil problema de gobernar tantas naciones, en el seno de las cuales tienen todo su desarrollo las inteligencias y las pasiones toda su efervescencia; naciones compuestas únicamen-

te de hombres libres y celosos de su dignidad.

«Hé aqui por qué se ha visto á los pueblos europeos caminar instintivamente hácia la monarquía, esforzarse en establecerla cuando no existia, consolidarla si se hallaba vacilante, desarrollarla cuando se encontraba circunscrita, y restaurarla por medio de esfuerzos trabajosos, siempre que se los priva de ella momentáneamente.

»En Inglaterra, las revoluciones mas prolongadas y mas profundas han tratado de ensayar todos los sistemas y todas las ideas. La monarquía, sin embargo, ha sobrenadado á unos y otras. Ella ha cobrado nueva fuerza en su pais, en el cual, la libertad ha sido llevada al mas alto grado de desarrollo, el trono permanece rodeado de respeto y de esplendor.

»Otro fenómeno esencialmente propio de los pueblos cristianos, es el sentimiento monárquico, sentimiento ligado de una manera admirable con el de la dignidad personal, y formando ambos el manantial mas abundante de las inspiraciones generosas y el resorte mas poderoso para mover los corazones á las grandes acciones; unido íntimamente al amor de la patria hace no solo soportable, sino tambien dulces los lazos de la obediencia. Este sentimiento que nada tiene de comun con la humillacion abyecta de los esclavos del Oriente, no solo tiene por objeto la institucion de la monarquía, sino tambien la conservacion

de las familias reales. Un cierto número de razas reales y de familias ilustres, cuya cuna se oculta en la oscuridad de los tiempos, es el legado de la Europa antigua á la Europa moderna, legado funesto, segun los consejos de una filosofía mezquina y árida, pero en realidad legado de infinito precio. En las grandes instituciones nada se improvisa. Para colocar la cúspide de la sociedad, se necesitan personajes ocultos tras un velo misterioso, á menos en el caso en que la Providencia hace brotar un génio privilegiado para llevar á cabo un raro designio. Un hombre comun no puede ser convertido en rey repentinamente. No tuvieron poca fortuna las provincias unidas en encontrar en su mismo suelo á la casa de Orange, que de una manera ó de otra se hallaba en situacion de poder suplir la monarquía. Cuando la revolucion de 1830 expulsó del trono de Francia á la rama primogénita de la casa de Borbon, la Francia pudo dar gracias á Dios de haber encontrado á su disposicion á la casa de Orleans. No hubieran finalmente experimentado tan largos padecimientos algunas naciones de América, ni tendrían delante de sí un porvenir tan sombrío, si el día que sacudieron la dominacion europea se encontrasen en el nuevo continente algunas familias preparadas para el trono por su antigüedad é ilustracion. Todas las miradas se hubieran fijado naturalmente sobre estas familias, se las ha-

bria elevado al trono y se hubieran ahorrado torrentes de sangre. Verdades son estas íntimamente enlazadas con ciertos misterios del corazón humano, y dignas de las profundas meditacionen del filósofo.

»Este sentimiento monárquico que existe en todas las naciones de Europa, se encuentra tambien en España, no en un grado cualquiera, sino vivo y enérgico, apoyándose en las ideas religiosas. Fuerte como ellas mismas por el largo transcurso del tiempo, se halla asociado á los mas grandes recuerdos de nuestra nacionalidad. Donde quiera que libremente se manifiesta al pensamiento del pueblo español, se manifiesta tambien el sentimiento monárquico con una viveza sorprendente. Perpetuado á través de todos los trastornos, él es el que ha salvado el trono en las épocas críticas de nuestra historia, y preservado á la revolucion española de esos atentados contra la majestad real de que están manchados muchos pueblos.... Este sentimiento conservado en el seno de la nacion española, es un preservativo contra grandes males, y un manantial del que pueden brotar preciosos resultados.... El único peligro que nos amenaza, lo repito, es la anarquía. Este es el escollo contra el que pueden quizá ir á fracasar las sociedades europeas (1).»

A cada página de sus *Escritos políticos*, con-

(1) Consideraciones políticas, cap. XVII.

signa BARMES una nueva manifestacion de su confianza en la institucion monárquica. No es de modo alguno porque desconozca los inconvenientes inherentes á esta institucion. Los conoce, los vé y no teme señalarlos; mas á sus ojos estos inconvenientes no pueden contrapesar las ventajas que la monarquía presenta.

«A la vista de una filosofía superficial, la monarquía hereditaria es una ineptitud. Mas á la consideracion de una filosofía profunda se presenta como una de las ideas más grandes y más fecundas de la ciencia política. El sofisma, las vanas sutilezas apoyan el primero de estos sentimientos; el segundo tiene en su abono la historia, la experiencia, el buen sentido y el conocimiento del corazón humano. «Por qué se ha de privar á los pueblos del derecho de elegir su gefe? ¿Por qué han de estar espuestos á sufrir la autoridad de un hombre algunas veces malvado, otras veces imbécil?» Tal es el lenguaje del sofisma. La sana razon responde que estos males, aun llevados al estremo, son menores que los producidos por las fluctuaciones de un estado republicano y de una monarquía electiva. «¿Por qué cuando menos no se habian de cambiar con mas frecuencia las familias reinantes?» En primer lugar, porque una familia Real no se improvisa. En segundo lugar, porque la menor sustitucion, aun suponiendo que se encuentren en una nacion muchas familias ap-

tas para empuñar el cetro, no podria realizarse sin graves inconvenientes. Todo cuanto hace relacion á las familias Reales, es de interés nacional. Para estas clases no existen negocios de familia propiamente dichos. Sus alegrías son celebradas con fiestas nacionales, sus desgracias van acompañadas de un duelo público. No es esto una lisonja de los pueblos. Es simplemente una verdad, y verdad profunda (1).

«Si la monarquía hereditaria, tal como existe en Europa, tiene una accion tan dulce; si ejerce una influencia tan bienhechora, si el reposo y la felicidad de los pueblos están unidos tan estrechamente á la estabilidad del trono, consiste en que en la institucion monárquica todo se halla combinado de tal modo que el que empuña el cetro está sin inquietud, la institucion misma sin peligro, la ambicion sin objeto.... El problema del poder público apoyado sobre tres puntos: primeramente el orden, en segundo lugar la estabilidad, y en tercero la benignidad en el poder. La institucion monárquica satisface de una manera admirable estas condiciones. Para el sostenimiento del orden hay recursos inmensos depositados en poder del Monarca. La estabilidad se encuentra garantida una vez que la ambicion tiene cerradas las puertas, no solamente en lo presente, sino en el porvenir, á favor del derecho

(1) Escritos políticos. cap. 617.

hereditario. Finalmente, el poder tiene tendencia á la benignidad por la sencilla razon que se halla colocado fuera de la atmósfera de las pasiones comunes. ¿Qué clase de deseo puede existir en una persona que lo posee todo? ¿Qué envidia puede lastimar el corazon de un Príncipe cercado á todas horas de una especie de culto? Asi la historia de las naciones modernas, en cuyo seno la monarquía ha alcanzado juntamente con una gran estension una extrema solidez, nos presenta frecuentemente soberanos débiles, pero rara vez un Príncipe malvado. Efectivamente, en la época actual, todo cuanto rodea á los Príncipes parece dispuesto para conducirlos mas bien á la molicie que á la maldad (1).

»Las naciones que han estado sometidas por largo tiempo á la unidad de la monarquía hereditaria, dice BALMES en otro lugar, presentan un fenómeno digno de atencion. En medio de las revoluciones mas profundas, conservan el poder de reorganizarse, sin que su independecia se pierda ni aun se altere. ¿Qué seria de la España en la época actual privada de un trono hereditario, de esta institucion tan poderosa para neutralizar los elementos del mal? Y no obstante, efecto de las circunstancias, el trono no conserva otra cosa hoy dia en España, que la fuerza invisible contenida en sus recuerdos y en sus esperanzas!....

(1) Escritos políticos, pág. 93

Veríamos reproducirse entre nosotros las tristes escenas que presentan nuestras antiguas colonias de América, en las que el poder pasa de una á otra mano sin llegar nunca á afirmarse ni fijarse en persona alguna! (1).»

Asi BALMES, herido en su corazon por el espectáculo de la revolucion continúa que destruye su patria, invoca la monarquía como un principio de salvacion y de reorganizacion. Quiere que la monarquía recobre su antigua preponderancia. La anima á fortificarse rehaciéndose con los partidarios que se habian segregado para acompañar sobre los campos de batalla y en el destierro, un Príncipe en el que á los ojos de una multitud de españoles se personificaba el derecho de la herencia Real. Luego que el Trono fuese restablecido en toda su magestad, exigiria de él disposiciones que reparasen con ánimo y brio las brechas hechas á la moral pública. BALMES, segun nos refiere uno de sus biógrafos, se indignaba á la vista de las fortunas escandalosas que se improvisaron en España á favor de la revolucion. Hubiera querido que un gobierno verdaderamente nacional hiciese pasar estas riquezas al través del crisol de una justicia severa. El mismo biógrafo nos le pinta arrebatado de cólera y trasportado por una fogosa elocuencia cuando en sus conversaciones se ofrecia la ocasion de describir la desmoralizacion política

(1) Escritos políticos, pág. 123.